

Bruce Chatwin and His Journey through Patagonia: The Nomad Who Became a Writer

López Hernández, Isabel

► To cite this version

López Hernández, I. . (2020). Bruce Chatwin and His Journey through Patagonia: The Nomad Who Became a Writer. *The Grove - Working Papers on English Studies*, 27, 41-56.
<https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/grove/article/view/5645>

Published version.

Published 14 december 2020

Archivo Digital UPM houses in digital format the academic and scientific documentation (theses, pfc, articles, etc.) generated at the institution and makes it accessible through the Internet, within the framework of the Budapest Open Access Initiative and the Berlin Declaration, of which the Universidad Politécnica de Madrid is a signatory.

El **Archivo Digital UPM** alberga en formato digital la documentación académica y científica (tesis, pfc, artículos, etc.) generada en la institución, y la hace accesible a través de Internet, en el marco de la Iniciativa por el Acceso Abierto de Budapest y la Declaración de Berlín, de la que es signataria la Universidad Politécnica de Madrid.

**BRUCE CHATWIN Y SU VIAJE A PATAGONIA: EL NÓMADA QUE SE
CONVIERTE EN ESCRITOR**

BRUCE CHATWIN AND HIS JOURNEY THROUGH PATAGONIA: THE
NOMAD WHO BECAME A WRITER

Isabel López Hernández

Universidad Politécnica de Madrid

isabel.lopez@upm.es

Resumen

El escritor británico Bruce Chatwin (1940-1989) partió hacia Patagonia en busca de una respuesta a la pregunta que marcó su creación literaria: ¿por qué viaja el hombre en lugar de quedarse en casa? El resultado de ese periplo fue el análisis del espíritu nómada que le impulsaba a emprender el camino de manera obsesiva. El presente artículo se propone estudiar el despertar de su pasión por el nomadismo e indagar en cómo su aventura en Patagonia le transformó en un viajero literario herido por la nostalgia de un pasado nómada. Se había convertido en un héroe que emprendía un camino de carácter intelectual hacia el núcleo de su anhelo viajero.

Palabras clave: nomadismo; Patagonia; Bruce Chatwin; viaje; horreur du domicile; Sotheby's.

Abstract

The British writer Bruce Chatwin (1940-1989) travelled to Patagonia in search of an answer to the question which conditioned his literary career: why do men travel instead of staying at home? The result of that journey was the analysis of the nomad spirit that he suffered and made him change places constantly. This article intends to study the awakening of his passion for nomadism and to examine how his experience in Patagonia transformed him into a literary traveller hurt by a nostalgic desire to be a nomad. He became a hero who set off for an intellectual answer to the heart of his yearning for travelling.

Keywords: nomadism; Patagonia; Bruce Chatwin; travel; horreur du domicile; Sotheby's.

1. Introducción

Bruce Chatwin dedicó su obra literaria a analizar el impulso nómada del ser humano. Su curiosidad intelectual nació a partir del dicho de Blaise Pascal según el cual la infelicidad procedía de la incapacidad humana de permanecer en una habitación (78). Ante la imposibilidad de obtener una respuesta a la agonía existencial, la búsqueda de distracciones se convierte en la única vía de escape. El viaje representa un pretexto clásico e idóneo. Su único propósito es eludir el cuestionamiento metafísico, a ojos del autor británico. Lo que Baudelaire denominaba “horreur du domicile” (12), el terror a permanecer en casa, definía para Chatwin los síntomas de una dolencia que le afectaba desde la infancia. Su biografía quedó marcada por la necesidad de responder a su propio imperativo de huida del hogar. Abandonó su empleo en la casa de subastas Sotheby’s, en la que había ascendido meteóricamente desde el puesto de mozo de cuerda a uno de los más jóvenes directores de la firma. El tráfico de objetos y permanecer anclado al mismo lugar propiciaron en él una ceguera psicósomática. Su médico le recetó un viaje y el desierto curó su afección. Una tribu nómada con la que convivió allí despertó en él su anhelo por explicar la conexión entre la felicidad y el acto de caminar. Tras años anotando en sus cuadernos privados sus reflexiones acerca de esta cuestión y las colaboraciones en la revista *Sunday Times* le inician en el oficio de escritor. Construirá a partir de ese momento una producción literaria que evidencia un viaje metafísico y se vertebra en torno a los siguientes tres ejes que explican la lucha entre el nomadismo y el sedentarismo desde variadas perspectivas.

En primer lugar, la metáfora que le ayudó a responder a la raíz de su inquietud es la imagen del héroe que parte en busca del Santo Grial, objeto que simboliza el paraíso añorado por el ser humano. El hombre emprende su viaje con el fin de alcanzar ese estado de felicidad primigenia previa a la acumulación de las posesiones, lejos aún del fetichismo proyectado sobre las propiedades. Chatwin proyecta en sus obras *In Patagonia* y *The Songlines* esta metáfora.

En segundo término, con el fin de analizar la lucha entre el sedentarismo y el nomadismo, Chatwin recurrió al mito de Caín y Abel. Fundamentalmente en *The Viceroy of Ouidah* y en *On the Black Hill* el escritor utiliza diversas interpretaciones de la historia de los dos hermanos, aunque la idea central gire siempre entorno a la envidia del prisionero por la libertad del hermano. Caín, el colonizador, mata a Abel, el pastor viajero, y se le condena, irónicamente, a vagar hacia el Este del Edén donde una vez Abel viajó antes que él. Con ello Chatwin asocia al nómada con la inquietud y la bondad, mientras el colonizador se vincula con la envidia y la codicia. Este último domina hoy en día el mundo y ha reprimido el ímpetu viajero.

Por último, Chatwin examinó las consecuencias del abrazo al sedentarismo que se tradujo en desdicha, esencialmente, en su última obra *Utz*. El ser humano, al traicionar su propia naturaleza, sucumbió al fetichismo de las posesiones. Este tema se une a los otros dos arriba mencionados para construir una obra singular a la que sería aplicable el adjetivo Chatwiniano, por la originalidad de sus planteamientos.

2. El despertar de la pasión de Chatwin por el nomadismo

La pasión de Chatwin por el nomadismo comenzó un día que amaneció ciego, en la versión novelesca que cuenta el propio autor. El médico le sugirió que emprendiera un viaje donde pudiera ver horizontes lejanos. Su trabajo en la casa de subastas Sotheby's implicaba el examen minucioso de las obras de arte, actividad que terminó por perjudicar gravemente su salud ocular. A Chatwin le gustaba dramatizar y adornar esta historia, contribuyendo a alimentar el mito que rodeó su vida. Pero sí es cierto que permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar y mirar constantemente a los cuadros le provocó la ceguera. El viaje representó, desde ese momento, la única solución a sus males. Se marchó a Sudán, donde prendió su pasión por las tribus nómadas. Años más tarde incluiría esta historia en su obra *The Songlines*. Convirtió la vivencia en una señal que le había ofrecido el destino para la cura de su eterna inquietud, esa que le había transformado en un viajero infatigable. Durante su estancia en Sudán tuvo la oportunidad de compartir con una tribu nómada unos valores opuestos a los vigentes en el mundo del arte. El viaje a África, recomendado por su médico como único remedio de esa ceguera psicósomática, fue el inicio de la búsqueda de una explicación al eterno vagar del ser humano. Los faraones del antiguo Egipto habían desaparecido; sin embargo, la tribu con la que convivió había permanecido a lo largo de los siglos. Sintió que debía descubrir el secreto de su incansable vitalidad, el porqué de sus viajes sin principio ni fin. A partir de este momento, el nomadismo se erigió en uno de los temas que marcó la corriente de su pensamiento (Clapp 144).

Debido a su experiencia personal, Chatwin estableció desde aquel instante una conexión íntima entre viaje y curación. No sólo unió ambas ideas. Tornó su propia vida en una búsqueda incesante del origen de la inquietud y su obra en pequeñas piezas de un puzzle que en su conjunto formaron la respuesta a ese interrogante. Se transformó a partir de aquel momento en un exiliado, un ser sin patria fija. El movimiento equivalía al hallazgo de la tranquilidad. Su hogar era el lugar más alejado de aquel donde se encontraba. El momento de la partida era siempre un instante de felicidad. Frente a la belleza y liberación del viaje, Sotheby's se asemejaba a una funeraria. Las obras de arte empezaron a simbolizar

la muerte, aunque establecería con ellas una relación peculiar de amor-odio hasta el final de sus días. El conflicto le perseguiría hasta la publicación de *Utz*, su último libro, donde lo resolvería al fin.

De vuelta a Inglaterra, decidió cursar arqueología en Edimburgo, pero aquel interés por los objetos, el mismo que había presenciado en Sotheby's y que tanto aborrecía, se desvaneció. Su pasión era lo invisible, las vidas de los nómadas, los que no dejaban ninguna huella en el camino que el arqueólogo pudiera descubrir con su pala. Comenzó a apreciar los objetos simples y a desdeñar el coleccionismo. No obstante, la experiencia en la universidad le sirvió para aumentar más aún su erudición. Estudió sánscrito y, más importante aún, aprendió que el inerte mundo de los objetos nunca le haría feliz porque estarían siempre asociados en su mente con el lúgubre universo de lo inmóvil. Chatwin elaboró una lista personal de grandes protagonistas de la historia donde no dio cabida a los arqueólogos ni a su colección de antigüedades. Incluyó en ella, sin embargo, las vidas anónimas de aquellos que pasaron por la Historia inadvertidos. Los estudios que había decidido seguir le ataban una vez más a aquello de lo que había huido y había provocado su ceguera. Un verano dedicado al seguimiento de las rutas nómadas en Asia Central le impulsó definitivamente a menospreciar las grandes pirámides construidas por los faraones y a deleitarse con los caminos evanescentes de los nómadas. Su interés por el tema, que incluía pueblos desde Mongolia hasta Hungría, le involucró en la preparación de una exposición llamada *El arte del estilo animal de Oriente a Occidente*, organizado por la Asia House Gallery de Nueva York. Participó en la elección del material y la compilación del catálogo. El rasgo más relevante de esta colaboración fue que supuso su primer paso como escritor. De esta experiencia surgió la redacción de un ensayo. Chatwin intentó convertirlo en el primer capítulo de una gran obra sobre nomadismo que nunca llegó a terminar cuyo título sería *La alternativa nómada* (Clapp 1997). A pesar de no lograr concluirlo, volcó en él los temas y obsesiones que le perseguirían durante el resto de su vida. Quiso demostrar que el modo de vida de las tribus nómadas constituía un ejemplo de existencia ideal, ya que promovía comportamientos más bondadosos si se contraponían a las conductas de los colonizadores (Chatwin, *Anywhere Out of the World* 11). Tardaría una década en resolver las incógnitas surgidas durante la redacción de esta obra inconclusa. Aunque no pudo terminarlo, fue vital para su desarrollo como escritor. Era la primera vez que trasladaba por escrito sus obsesiones. El ensayo apunta esa manera tan peculiar en él de presentar ideas, lanzando conjeturas de manera precipitada.

Una vez decidido a escribir una obra sobre el nomadismo, Chatwin lo convirtió en algo vital. *La alternativa nómada* pretendía ser un estudio ambicioso centrado en el nomadismo que rompiera con ciertos conceptos establecidos sobre la cuestión. Por ejemplo, se alejó de cualquier aspecto ideológico: "La experiencia

nómada revistió a sus ojos un grado de evidente apoliticidad. La alternativa nómada se erguía no en contra, sino fuera del Estado” (Gnoli 25). Como constata Gnoli: “Para Chatwin la palabra nómada más que un estilo de vida fue una forma de inteligencia” (22). Su pasión alcanzó tales magnitudes que le resultó complicado poner orden a tal cantidad de información bullendo en su cabeza. Su empeño duró años y finalmente degeneró hasta convertirse en un texto ininteligible para el propio autor e imposible de publicar. El manuscrito contenía incluso una diatriba contra el propio oficio de escritor. La esencia de éste la incluiría en *The Songlines* dentro del capítulo dedicado a sus anotaciones personales. Chatwin era consciente de que el texto carecía de calidad y el estilo con el que eligió escribir tampoco le dejó satisfecho. A partir del momento en que abandonó el proyecto, dirigió sus pasos hacia el lado opuesto al que se había encaminado en su primera aventura como escritor. El resto de sus libros fueron una reacción al estilo utilizado en esta última obra.

La alternativa nómada quería responder a una pregunta: ¿por qué los hombres deambulan en lugar de estarse quietos? Fue el primer intento de explicarse a sí mismo, de encontrar respuesta a su desasosiego. Aunque no llegó a publicarse, sí se firmó un contrato donde se establecía que el libro se publicaría bajo el título de *La alternativa nómada*. La editorial que en un principio se iba encargar de su publicación terminó finalmente desestimando el texto. Comenzaba con un rechazo rotundo de la literatura de viajes; en su opinión, se convertían sencillamente en pruebas de la incompetencia del viajero como tal. Para Chatwin, los mejores viajeros eran aquellos que no tenían que parar a tomar notas de sus pasos, sino que vivían el periplo como una experiencia única cuyo propósito no era la redacción de ningún relato, ya fuera verídico o ficticio. Chatwin relaciona a continuación la liberación que supone la partida con la misma sensación de felicidad y alivio que ofrece la escritura. Con ello llama la atención sobre el valor terapéutico de tales actividades y establece una unión entre ambas. Con esta idea se describe a sí mismo. Sus cuadernos de notas Moleskine serán el único compañero que no le dejará en la estacada. En el libro recurre a Baudelaire para disertar sobre esa enfermedad que empuja al ser humano hacia lo desconocido. Se pregunta, por primera vez, por qué el movimiento conduce a la felicidad, mientras que el hogar despierta tristeza. Reconoce que el viaje plantea el dilema principal del hombre. Chatwin fue incapaz de llegar a ninguna conclusión. El texto se llenó de generalizaciones y teorías abstractas que no le condujeron a la resolución de los enigmas planteados (Chatwin, *The Songlines* 218). Pretendió ser demasiado ambicioso en la temática y el borrador terminó siendo ininteligible para él mismo. Sin embargo, refleja su descaro a la hora de lanzar especulaciones y da pistas sobre su estilo narrativo futuro (Murray 32).

En este período trascendental de su vida no sólo se dedicó a escribir. Los viajes llenaron también sus días. Casi siempre acompañado de amigos, algunos de ellos escritores de la talla de Peter Levi o Salman Rushdie, recorrió el globo persiguiendo ideas. Su mujer se unía también en algunas ocasiones. Durante esta época visitó lugares como Afganistán o Mauritania buscando datos para su interminable proyecto sobre el nomadismo. También abordó su primera visita al reino de Dahomey, tan relevante en su carrera literaria, ya que supuso el origen de su obra *The Viceroy of Ouidah*. La escritura sería su tabla de salvación (Clapp 1997) y su pasión por el nomadismo dominaría su carrera literaria al convertirse en un tema constante en sus libros. El primer paso en este sentido lo dará tras su escapada a Patagonia, momento vital en el que aglutina el conjunto de ideas que pululaban en su cabeza desde hacía años.

3. *In Patagonia*: el viaje que le convierte en escritor

En la obra *In Patagonia* Bruce Chatwin utiliza el concepto de movimiento como filosofía de vida y como forma de creación. Fue concebido mientras avanzaba por un territorio baldío, el desierto patagónico y mientras exploraba la manifestación del deseo de evadirse del hogar. Chatwin era incapaz de permanecer mucho tiempo en el mismo sitio, incluso leía deambulando por la casa. Necesitaba alejarse del lugar sobre el que escribía para poder reflexionar acerca de él. A los treinta años se convirtió en un escritor tardío que intentaba explicarse a sí mismo. Encontró en la Patagonia una colección de expatriados que gozaban el mismo sentimiento de felicidad cuando erraban por el extranjero. Su viaje por esta región se traduce en un intento de conexión con el núcleo de su añoranza trashumante. Marcado por una biografía propia de un trotamundos, esta obra ensalza esa condición. Además, incita a explorar Patagonia, puesto que sus pasos por esa región vivifican su tesis acerca de la naturaleza viajera del hombre. Fueron muchos los que “después de *En la Patagonia*, imaginaron que se parecían a Chatwin y que se entregaban, fieles, a ese vasto horizonte sin alegría”, afirma Gnoli (13).

La recuperación de un trozo de brontosaurio simboliza el motivo principal del viaje a Patagonia, si se sigue la versión relatada en el libro. Equivalía a un fragmento de su niñez, un tesoro que un antepasado suyo, Charley Milward, mariner, envió a su abuela. Ocupaba un lugar sagrado en la vitrina de su casa, junto con otros objetos curiosos. Pero alguien irrumpió en su pequeño museo y lo tiró. La recuperación de una muestra de este animal ocupó una posición central entre las razones del viaje, el cual se podría calificar de sagrado, en el sentido de búsqueda de una especie de Grial (Meanor 23). Chatwin llegó a Argentina con una idea muy clara y precisa de lo que deseaba crear. Como él mismo afirmaba, primero decidía lo que quería y después intentaba hallarlo. En esta ocasión decidió

recuperar la idea principal de su tratado inconcluso titulado *La alternativa nómada*. Aspiraba a recuperar la idea del protagonista que abandona a su familia para vencer al ogro que amenaza la supervivencia de la tribu. Tales viajes son la fuente de los primeros relatos conocidos, una constante absoluta, una idea literaria universal (Shakespeare 290). Chatwin partió en busca del animal guardado en la vitrina de su abuela del mismo modo que Jasón había buscado el Velloco de Oro. Barajó incluso la posibilidad de titular el libro *A Piece of Brontosaurus (Un trozo de brontosaurio)* convirtiéndolo, así, en una especie de documento apócrifo en el que podría dejar de lado las explicaciones académicas que le habían asfixiado en su estudio sobre el nomadismo. Por fin podría abandonar los conceptos abstractos que no pudo dominar para reflejar sus ideas en historias y relatos concretos.

Su huida constante hacia los confines del mundo conocido se convirtió, además, en un intento de comprender los fundamentos del desasosiego humano. El rincón más lejano del orbe lo elevó a categoría de territorio que personificaba la inquietud humana. Redactó un libro, como confesó a Gnoli, que fuera una especie de metáfora de la nostalgia del espacio (Gnoli 72). Chatwin otorgó a la cueva de la bestia el honor de representar ese lugar último concreto hacia el cual el hombre, tal y como él mismo estaba haciendo, se dirigía para dar respuesta a ese anhelo. Para él Patagonia era el símbolo definitivo del desasosiego humano (Shakespeare 291). Durante esta búsqueda, Chatwin además se tropezó con una serie de personajes marcados por la peculiaridad de sus vidas. Cosechó una serie de historias que le ayudaron de una u otra manera a explicar las fuentes de su inestabilidad: “Fue una de las experiencias más sorprendentes que he tenido nunca, porque en cualquier lugar al que llegabas podías conocer a un personaje excéntrico que te narraba su fantástica historia ...” (Shakespeare 291). En la mayoría de ocasiones no se trataba de buscar la crónica de un suceso, porque el argumento de éste ya le estaba esperando en ese lugar: “No tuve necesidad de ir a la caza de la historia, la historia te encontraba a ti. Creo que el viento tenía algo que ver en el asunto” (Shakespeare 291). Esta constatación contribuyó a que Chatwin decidiera ofrecer una imagen cubista de la región que reflejara el carácter cosmopolita de la zona. Subrayó este rasgo dividiendo el libro en 97 secciones. No hay conexión entre una sección y otra, la mayoría de las veces. Tales saltos y la variedad de temas y personajes ayudan a entender la idea que Chatwin trató de expresar sobre Patagonia. En la sección segunda, donde explica el porqué de su viaje, consigue describir Patagonia en cuatro frases: “The history of Buenos Aires is written in its telephone directory. Pompey Romanov, Emilio Rommel, Crespina D.Z. de Rose ... five names taken at random from among the R's” (Chatwin, *In Patagonia* 7). De este modo introduce al lector en un escenario dominado por el exilio. Patagonia constituye una tierra de nadie o de todos.

Algunos de los personajes que componen este grupo de desterrados consiguen sobrevivir en esta tierra mediante una curiosa mezcla de realidad y ficción. Han arribado allí después de una serie de acontecimientos y se sienten cómodos lejos de sus orígenes y de su patria. Estos se caracterizan por la facilidad para adaptarse a la dureza del paisaje y su capacidad para sobrevivir sin contar con una gran variedad de recursos. Conforman un grupo de exiliados felices que podrían vivir en Patagonia o en cualquier otro sitio siempre y cuando la sensación de movimiento se mantenga. Huyen de la comodidad. Sus vidas transcurren con pocos medios y están siempre prestos para partir.

Chatwin se detiene tanto en los personajes anónimos como en los legendarios. Entre los últimos destaca ante todo el relato de las aventuras de Butch Cassidy y Sundance Kid. Sus peripecias mantienen la trama del libro en movimiento junto con el relato de las aventuras de su tío Charlie. Los dos forajidos escaparon a Patagonia pensando que se trataba del lugar más recóndito de la tierra. Si permanecían en Norteamérica, no podrían librarse de una larga temporada en prisión. Chatwin intenta rastrear testimonios orales y gentes que pudieran haberles conocido. Incluso localiza una conexión entre Milward y el propio Butch Cassidy, aunque la relación entre ambos se limita a una simple anécdota. Para Chatwin estos célebres individuos no son asesinos, sino ladrones a los que no culpa de ningún crimen sangriento. Los define como dos hombres que buscan cobijo en Tierra de Fuego, el lugar más remoto de la tierra, donde nadie podría encontrarles.

Los personajes anónimos, sin embargo, lo único que ansían es construir un espacio donde representar las vidas que dejaron en su país natal. Trajeron de su tierra todos los componentes necesarios para no olvidar el lugar de procedencia. Forman un grupo de exiliados inadaptados que conservan intactas las costumbres de sus antepasados. Algunos reconstruyen Escocia en Patagonia y siguen tocando la gaita en las fiestas tradicionales. En sus casas, junto a las bellísimas fotos de lagos y valles, se exhiben los retratos de la familia real y de Winston Churchill. En Patagonia, con sólo dar un paso se pueden vivir con las costumbres escocesas o, si se prefiere, visitar una pequeña Alemania. Sobrevivieron al éxodo al reconstruir su pasado en ese nuevo marco. Huyeron de su patria y se asentaron en una especie de tierra prometida.

La ironía de este último grupo de exiliados reside en que al huir de lo anterior trasladándose a esta parte del mundo han esclavizado a los que vivían allí antes que ellos. Este es el caso de los galeses, que escaparon de Inglaterra para refugiarse junto al río Chubut, propiedad de los indios Tehuelche. Estos últimos ahora trabajaban al servicio de los primeros en condiciones pésimas. A Chatwin le preocupan los oprimidos, los pueblos desfavorecidos cuyas costumbres desaparecen por la llegada de los invasores. Esta acusación se observa a lo largo del libro y se repetirá en sus obras posteriores, especialmente en *The Viceroy of*

Ouidah y en *The Songlines*. Chatwin denuncia las terribles condiciones en las que malviven los indios, la mayoría presa de la dependencia alcohólica, que sufren por su incapacidad de adaptación a la nueva cultura impuesta en su territorio. Sin embargo, hace cien años eran conocidos por su fiereza. Prueba de ello es el poema “Araucana”, escrito por Alonso de Ercilla en su honor, que además sirvió a Voltaire en su formulación del concepto del “buen salvaje”. Según Patrick Meanor, Chatwin buscaba siempre pruebas que demostraran el declive de los pueblos nativos. Describía el paso desde una condición edénica de inocencia a la esclavitud. Tropezó con este fenómeno allí donde miraba, y no sólo en Patagonia, sino también en Australia. Lo irónico es que el intento europeo de recuperar su Edén fue llevado a cabo en detrimento del paraíso nativo (Meanor 26).

A este grupo de desterrados le resultó sencillo adaptar sus sueños a una tierra en la que la nada dominaba el paisaje. Patagonia constituye el lugar perfecto para comenzar una nueva vida gracias al vacío que transmite. En una ocasión Chatwin se declaró defensor de la influencia decisiva que el paisaje imprimía sobre las personas. Según él, el erial patagónico contribuyó a que se resaltara el carácter excéntrico de los personajes. Indudablemente, los individuos poco convencionales despertaban en él una profunda curiosidad y atracción (Murray 14). Nicholas Shakespeare, autor de la biografía más pormenorizada de Chatwin, considera que Patagonia se puede definir describiendo su suelo: “rodados patagónicos”, piedras basálticas fruto de los glaciares, y “jarilla”, un pequeño arbusto que constituye su flora dominante. A esto se debe sumar un viento que sopla de octubre a marzo con tal fiereza que obligó al avión de Antoine de Saint-Exupéry a volar hacia atrás en lugar de hacia delante. Chatwin insistía en señalar que no intentó destapar rarezas, de lo que se le acusó en numerosas ocasiones; simplemente observó a las gentes tal y como eran sobre este escenario tan desolador. Su imaginación hizo el resto. Le llevó a mantener relación con gente que vivía en los márgenes arrastrando una vida solitaria. Chatwin captó desde el principio esta idea del exilio y su viaje hacia el sur no hizo más que confirmar su primera impresión. La soledad facilita la exageración de los rasgos personales (Shakespeare 289). En la Patagonia no existe el término medio: los bebedores beben, los devotos rezan, los solitarios acentúan su soledad. Chatwin prestó atención a aquellos soñadores y aventureros cuyos sueños no se habían cumplido.

Para los propios argentinos Patagonia representaba, según testimonio de Jorge Torre Zavaleta, con quien Chatwin coincidió al inicio de su viaje, una especie de callejón donde diferentes culturas revolotean alrededor de un lugar bastante aburrido. Mientras los escoceses y alemanes pasan allí sus días, los argentinos prefieren visitar la verdadera Escocia y Alemania. No fue ésta la única ocasión en la que Chatwin escuchó argumentos desalentadores. Pero él dio la vuelta a esta percepción. Convirtió Patagonia en una tierra mítica fundiendo su

propia experiencia a la de tantos otros que antes de él supieron percibir ese componente mágico de la región. W.H. Hudson la describía como un paraje que deja la mente libre y abierta para recibir la naturaleza como un todo (Chatwin, *Patagonia Revisited* 19). Esta superficie baldía se apodera de la imaginación porque su vacío obliga a crear. El explorador galés John Murray Thomas, en su periplo tierra adentro en julio de 1877, escribió: “Anoche soñé que Harriet y yo estábamos en la habitación. Nos besamos dulcemente. No hay noche que no aparezca en mis sueños” (Shakespeare 289). El vacío de Patagonia es fértil porque en él se pueden engendrar nuevas vidas, como ocurre en el asentamiento galés que descubre en Port Madryn. Habían llegado allí en 1865 en busca de una Nueva Gales. Se trataba de “refugees from cramped coal-mining valleys, from a failed independence movement, and from Parliament’s ban on Welsh in schools” (Chatwin, *In Patagonia* 23). Sus líderes habían rastreado el globo en busca de una zona donde no hubiera ingleses. Patagonia fue lo más distante que encontraron. Pero lo que descubren dista mucho de ese sueño. Las colinas galesas no pueden hallarse más lejos: “Port Madryn was a town of shabby concrete buildings, tin bungalows, tin warehouses and a wind-flattened garden. There was a cemetery of black cypresses and shiny black marble tombstones” (Chatwin, *In Patagonia* 24). El carácter desolador de la tierra donde plantaron sus sueños no ha desaparecido. Sin embargo, la nada constituye el mejor comienzo y para ellos fue como llegar al paraíso. El gobierno les cedió un trozo de desierto donde comenzar nuevamente: “And when they did reach the valley, they had the impression that God, and not the Government, had given them the land” (Chatwin, *In Patagonia* 24). Sin embargo, los galeses insisten en destacar que su asentamiento constituye un ejemplo del triunfo del progreso frente a la barbarie, aunque sus sueños no se cumplieran. Representan este triunfo erigiendo un monumento en memoria de los galeses. En la estatua aparece diferenciado el mundo salvaje de la civilización. Para describir al primero se había elegido la representación de un grupo de indios Tehuelche desnudos, mientras que para el segundo se había recurrido a “greybeards, young men with scythes, and big-breasted girls with babies” (Chatwin, *In Patagonia* 24). Pero Chatwin anuncia que los sueños de la civilización no se tornan en realidad. El hombre, paradójicamente, se esclaviza a sí mismo al renunciar al impulso nómada. Los galeses se alzan como un buen ejemplo de ese sacrificio. Este pueblo se había resignado al profundo aislamiento de Patagonia convirtiendo así a sus habitantes en meros supervivientes. Chatwin muestra esta realidad al describir una escena cotidiana donde se descubre lo absurdo de sus vidas. Un camarero sirve en un restaurante anónimo un cordero quemado, si bien realiza su trabajo llevando unos impolutos guantes blancos. Mientras, una imponente rubia, representativa de la civilización occidental, se pinta las uñas. En el desierto no son necesarios ni guantes blancos ni laca de uñas. Chatwin denuncia así la banalidad de unos personajes empeñados en apuntalar su

paraíso en un lugar ya habitado. Su asentamiento ha desencadenado la esclavitud de la población nativa: “And Indian came in drunk and drank through three jugs of wine. His eyes were glittering slits in the red leather shield of his face. The jugs were of green plastic in the shape of penguins” (Chatwin, *In Patagonia* 24). El monumento levantado en Port Madryn se ha convertido en testigo del desorden originado por la ambición colonizadora. Ni la rubia guarda relación con las fértiles mujeres galesas del monumento ni el indio se asemeja al lado salvaje de los relieves de bronce. La supervivencia en un lugar como Port Madryn parece depender, por tanto, del grado de ficción que consigan alcanzar sus habitantes. Para Chatwin, el movimiento equivalía a la felicidad. Cuando el hombre renunció al dinamismo, como habían hecho los galeses, traicionó su instinto y comenzó a corromperse. Subyugó a su prójimo y construyó su edén sobre los cimientos de una sociedad injusta y hostil. También los Padres Salesianos, en Punta Arenas, comprendieron esta idea y habían captado la importancia del versículo 3:19: “The Golden Age ended when men stopped hunting, settled in houses and began the daily grind” (Chatwin, *In Patagonia* 136). Chatwin vincula el estatismo al nacimiento de la agresión.

Cuando Chatwin traspasa la frontera del espacio conocido y entra en la Tierra de Fuego, el viaje se convierte en un verdadero descenso a los horrores del averno. Como Meanor afirma, resulta imposible ignorar las resonancias míticas de su descenso y comparar su viaje con personajes literarios como Ulises o Dante (Meanor 25). Lo primero que percibe es que esta zona es explotada por sus reservas petrolíferas. Antes constituía una fuente de beneficio para los ingleses. Esta manera de obtener provecho de la tierra contrasta con la de los indios que habitaban allí. Es precisamente un monje de la orden salesiana quien le ofrece la llave del museo local. Chatwin aprovecha la oportunidad de observar el pasado de los Ona, los Haush, los Alakaluf y los Yaghan, todos ellos pertenecientes a tribus nómadas que un día poblaron Tierra de Fuego. Sobrevivían cazando en diferentes lugares; unos, trasladándose a pie; y otros, en canoa. Debido a que su forma de vida les obligaba a cambiar de lugar constantemente, sus posesiones se limitaban a lo esencial. Sin embargo, hoy en día sus pertenencias acumulan polvo en unas vitrinas del museo. Los arpones, las cestas y los arcos, antaño transportados de un lugar a otro, están expuestos junto a los avances traídos por la civilización:

Their bones and equipment decayed on glass shelves—bows, quivers, harpoons, baskets, guanaco capes—set alongside the material advances brought by a God, who taught them to disbelieve the spirits of moss and stones and set them to petit-point, crochet and copy-book exercises. (Chatwin, *In Patagonia* 109)

Su visita al museo sirve para constatar el impacto que la civilización tuvo en el destino de estas tribus nómadas. La eterna lucha de Abel, el viajero, contra Caín,

el inventor de la propiedad privada, finaliza con la victoria de este último. Lo único que queda de aquellas tribus se reduce a una serie de materiales inservibles expuestos en una especie de mausoleo. Chatwin nunca describió escenas terribles en las que se viera la crueldad colonizadora de un modo obvio. Por el contrario, describe los hechos de una manera aparentemente objetiva, adoptando un tono de relato histórico con el que consigue aportarles mayor veracidad. La condena de las crueldades cometidas por los europeos resulta así mucho más trágica al no caer en una retórica dramática. Chatwin no se conforma con mostrar a los lectores el resultado de la colonización a través de unos restos del pasado, fósiles de unos pueblos ya irrecuperables. Después de esta exposición tan visual, procede a resumir la historia de los conflictos entre los indios y los colonos. Los primeros nunca habían sufrido ningún sentimiento expansionista hasta que visualizaron una nueva frontera de alambrada de espinos. Fue entonces cuando su instinto de supervivencia les obligó a robar las ovejas traídas por los europeos. Los indios atacaron los cimientos mismos del mundo sedentario, puesto que esta práctica amenazaba los intereses de las compañías. Su respuesta a este ataque fue acusar a los Onas de comunistas. La medida aplicada por el mundo civilizado no pudo ser más demoledora: “the accepted solution was to round them up and civilize them in the Mission—where they died of infected clothing and the despair of captivity” (Chatwin, *In Patagonia* 111).

La llegada de Chatwin a la ciudad más meridional de Patagonia muestra los horrores de la civilización de manera explícita. Ushuaia comenzó su descenso a los infiernos con la aparición de la Marina Argentina. Durante dieciséis años los indios Yaghan habían podido convivir con la misión anglicana inaugurada en 1869 por el reverendo W.H. Stirling hasta que “the Argentine Navy came and the Indians died of measles and pneumonia” (Chatwin, *In Patagonia* 115). El asentamiento se convirtió finalmente en un presidio donde el inspector de prisiones hizo imposible que ni un solo aliento de libertad se respirara una vez dentro: “The inspector of Prisons designed a masterpiece of cut stone and concrete more secure than the jails of Siberia. Its blank grey walls, pierced by the narrowest slits, lie to the east of the town. It is now used as a barracks” (Chatwin, *In Patagonia* 115). La Prisión, construida como monumento a la civilización, constituye el mejor ejemplo de los daños cometidos contra la población nativa. Es lo más alejado al espíritu nómada que los indios cultivaban y que Chatwin tanto admira. En dos párrafos concisos, Chatwin consigue delinear la historia de la destrucción de otra tribu, los Yaghans, y mostrar los males del progreso. En *Retorno a la Patagonia* (Chatwin y Theroux, *Retorno* 74), se expone un documento donde aparece el número de indios Yaghans extinguidos a lo largo de la historia. Las escalofriantes cifras pueden ser aplicadas a todas las tribus en general. En 1843, el año en que Darwin y “The Beagle” dejaron atrás Tierra de Fuego, existían 3.000 nativos. En 1889, el gobierno argentino distribuyó ropa a

los hambrientos y contabilizó unos 400. En 1924, sólo quedaban 50. Un año después la epidemia de sarampión acabó con la vida de los escasos supervivientes: “With the exception of a few mixed bloods the Indians of Tierra del Fuego are probably extinct” (Chatwin, *Patagonia Revisited* 50). Lo único que queda de ellos es un monumento en la pequeña plaza de Ushuaia donde se lee “Al indio”. Chatwin se marcha de la ciudad descorazonado: “I left Ushuaia as from an unwanted tomb” (Chatwin, *In Patagonia* 125).

Chatwin no abandona Ushuaia sin contar la historia del famoso anarquista Simón Radowitzky, célebre inquilino de la cárcel. Chatwin compara el anarquismo con la vieja lucha entre Abel, el viajero, y Caín, el propietario. Incluso se permite una apreciación personal que delata la razón por la cual elige contar la historia de este personaje que además era judío: “Secretly, I suspect Abel of taunting Cain with: Death to the Bourgeoisie!” (Chatwin, *In Patagonia* 116). Su historia es la de otro exiliado más cuyo único deseo es cambiar el mundo desde los cimientos.

Como ha podido observarse, Chatwin no sólo se identifica con escritores que como él sufrían esta enfermedad, sino también con las tribus de la zona cuya forma de vida representaba su ideal: “All were tireless wanderers and owned no more than they could carry” (Chatwin, *In Patagonia* 109). Viajar ligeros de equipaje para llegar más lejos. Las posesiones, el asentamiento, la civilización, en una palabra, encierran para Chatwin los males que acabaron con la felicidad del hombre, como terminaron con las tribus de la zona. Ése es el resultado de la civilización occidental. Se produjo la lucha a muerte de Abel, el viajero, contra Caín, que deseaba la propiedad.

En su intento de demostrar el profundo desarrollo intelectual de las comunidades indígenas, Chatwin se refiere al lenguaje de la tribu Yaghan. Siempre atento a los personajes con carácter que podían cruzarse en su camino, cuenta la historia de Tomás Bridges. Llegó a Tierra de Fuego y dedicó su vida a elaborar un diccionario del idioma de la tribu. Cuando murió en 1898, después de convertir a los indígenas al cristianismo, acababa de dar por finalizada su labor. La nieta del misionero es la encargada de donar a Chatwin un ejemplar del diccionario. Simboliza una revelación para Chatwin, ya que demuestra que el lenguaje es el corazón de la cultura; por tanto, algo sagrado. El gusto de Chatwin por trascender desde cada acontecimiento hasta una serie de coincidencias mágicas se vuelve a encontrar en la narración de esta historia. La nieta había estado sentada en las rodillas del Capitán Milward “and listened to his sea-stories” (Chatwin, *In Patagonia* 127). Cuando Chatwin estudia el diccionario se da cuenta que la tribu contaba con una capacidad de expresión incluso más sutil que el inglés. Para ellos monotonía era la ausencia de amigos masculinos y definía el adulterio en términos de *hobby*. Pero lo que más importa a Chatwin es que los Yaghan eran

viajeros, aunque nunca se alejaban mucho de su centro de operaciones. Sólo se sentían felices si permanecían en movimiento. El interés de Chatwin por la tribu corrobora de nuevo su ideal de que la condición edénica de los nómadas fue devastada por el asentamiento (Meanor 24). Los Yaghan eran conscientes de la importancia de la tierra y luchaban por mantener una conexión con ésta, sentimiento que desaparece con el establecimiento en un espacio perpetuo. Chatwin expresa que para los Yaghan “a tribe’s territory, however uncomfortable, was always a paradise that could never be improved on. By contrast, the outside world was Hell and its inhabitants no better than beasts” (Chatwin, *In Patagonia* 130).

Cuando Chatwin al fin penetra en la cueva y su sueño se materializa, no encuentra nada de lo que buscaba: “The floor was covered with turds, outsize black leathery turds, full of ill-digested grass, that looked as if they had been shat last week” (Chatwin, *In Patagonia* 182). Descubre algunos pelos rojizos tan solo, pero comprende que lo importante no es el fin del viaje sino el camino recorrido: “I had accomplished the object of this ridiculous journey” (Chatwin, *In Patagonia* 182). Es un anticlímax (Murray 30). La finalidad del viaje resulta irrelevante comparada con todo lo que ha visto y vivido durante el trayecto. Las gentes que ha conocido, las tribus sobre las que ha investigado y los personajes descritos que de una u otra forma estuvieron unidos a Patagonia le confirman la idea de que el hombre es más feliz cuando viaja o está fuera de su patria. La búsqueda del trozo de brontosaurio le ha hecho recorrer un camino que pone cada recuerdo de su niñez en su sitio. El círculo de los acontecimientos se ha cerrado. Todo lo vivido, desde que viera ese tesoro en la vitrina de su abuela hasta el momento en que siente una cierta frustración en la cueva, le ha permitido alcanzar una mayor comprensión de su propia alma viajera. Ha llegado hasta el final del mundo y ahora puede emprender desde allí un nuevo camino.

4. Conclusiones

Bruce Chatwin partió un día a la tierra de la bestia patagónica en busca de la naturaleza viajera del hombre. Empezó la marcha ligero de equipaje. Sólo llevaba consigo una libreta Moleskine donde apuntaba sus descubrimientos acerca del origen de la inquietud humana. La narración de la historia mítica del monstruo y de los avatares de su aventura ocupaba poco espacio en sus apuntes. Su verdadera ambición consistía en la resolución de una incógnita: ¿Por qué viaja el hombre en lugar de quedarse en su hogar? El resultado de su periplo a los confines de la tierra fue su obra *In Patagonia*. En ella se había convertido en un héroe que emprendía un camino literario hacia el corazón de su anhelo viajero. La necesidad de localizar la fuente de su desasosiego le había transformado en escritor. Sin

embargo, al final del trayecto aún no había resuelto la duda que marcaba su existencia. Todavía quedaba mucho camino por recorrer.

El viaje a Patagonia había dibujado la primera línea de un mapa que conducía hasta el corazón de donde manaba su imperativo trashumante. En sus siguientes obras continuó planteándose el problema. Así, prolongó el paseo por los misterios de su nomadismo. La complejidad del camino le desviaba constantemente hacia otras ideas y conceptos que provocaban nuevas dudas. ¿Qué ocurriría si se permaneciera en una habitación encerrado en lugar de eludir las preguntas existenciales con los viajes? Con *The Viceroy of Ouidah* y *On the Black Hill* analizó las consecuencias de la toma de esta decisión. En el primero de ellos se centró en el devenir de una alma viajera que interrumpió su marcha y eligió el asentamiento. En el segundo indagó en la vida de dos espíritus anclados eternamente en su hogar.

Con *The Viceroy of Ouidah* y *On the Black Hill* logró alejarse de la denominación de escritor de libros de viajes que le había perseguido desde la publicación de *In Patagonia*. Había traspasado los límites del género. Su iniciativa creativa le estaba convirtiendo en un autor singular dentro del panorama literario de su tiempo. La idea de viaje continuaba articulando la trama de sus libros. Sus personajes y ciertos acontecimientos se basaban en la realidad. No obstante, tanto la fábula del traficante de esclavos brasileño como el cuento de los mellizos sólo podían calificarse de obras puramente narrativas. Eran fruto de su extraordinaria imaginación y de la combinación de todas las estrategias creativas a su alcance. La resolución de la incógnita que provocaba su desasosiego seguía siendo su fuente principal de inspiración. La forma en la que había decidido estudiar esa obsesión le señalaba como un autor único.

En *The Songlines*, su siguiente obra, mezcló hechos reales e invenciones sin pudor. Los críticos se enfrentaban una vez más a la difícil tarea de etiquetar su obra. ¿Era Chatwin un autor de libros de viajes o era un viajero que se había convertido en escritor? En su periplo por Australia recurrió a la forma narrativa más cercana a la ficción para diseccionar el desasosiego humano. Reflejó los horizontes humanos y la fisonomía paisajística con la intención de acercarse a la génesis del carácter errante del ser humano. Una revelación le sorprendió en terreno aborigen. La metáfora del viaje estaba en el corazón de toda narración. Cuando miraba atrás, podía observar cómo su producción literaria previa reflejaba esa insistencia en descubrir el origen de su inquietud.

The Songlines parecía el final de esa larga travesía en busca de la naturaleza viajera del hombre. Una vez vertidas sobre el papel las ideas que le habían perseguido durante tantos años, Chatwin escribió *Utz*. En esta novela analizó la estrecha relación entre la posesión y la búsqueda de la inmortalidad. Su

protagonista recorría el camino que va desde el coleccionismo compulsivo hasta su liberación de la tiranía de los objetos. *Utz* anunciaba el comienzo de un nuevo ciclo literario. Hasta entonces Chatwin se había servido de los distintos géneros para estimular el hallazgo de un estilo personal. Los lectores se dejaron llevar por el contador de historias que hipnotizaba al lector con sus relatos de héroes y monstruos. Tras Patagonia, partió a lugares que lograban inmortalizar su devenir intelectual. Así creció como escritor y despejó incógnitas sobre su eterno interrogante acerca del motivo del viaje. Se convirtió en el protagonista de las exploraciones de cualquier corazón errante dejándonos una producción literaria original y estimulante.

OBRAS CITADAS

- Baudelaire, Charles. *Journaux Intimes*. París: Livres Généraux, 2010.
- Blaise, Pascal. *Pensamientos*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1998.
- Clapp, Susannah. *Con Bruce Chatwin*. Barcelona: Muchnik Editores, 1997.
- Chatwin, Bruce. *The Songlines*. London: Picador, 1987.
- . *In Patagonia*. London: Picador, 1979.
- Chatwin, Bruce y P. Theroux. *Patagonia Revisited*. London: Picador, 1985.
- Chatwin, Jonathan. *Anywhere Out of the World. Restlessness in the Work of Bruce Chatwin*. PhD thesis, University of Exeter, 2008. Print.
- Gnoli, A. *Bruce Chatwin: la nostalgia del espacio*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 2002.
- Meanor, Patrick. *Bruce Chatwin*. New York: Twayne, 1996.
- Murray, Nicholas: *Bruce Chatwin*. Mid Glamorgan: Seren Books, 1993.
- Shakespeare, Nicholas. *Bruce Chatwin*. London: Harvill Press, 1999.

Received July 2 2020

Revised version accepted October 19 2020